

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

No busco mi gloria

“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Lucas 19:10

“Yo no busco mi gloria”. Juan 8:50

El Señor Jesús es el eterno Hijo de Dios y por lo tanto Dios mismo. Cuando él vino a esta tierra tomó forma humana y se hizo igual a nosotros (pero sin pecado); este hecho ya era en sí una gran humillación para él. Pero fue más allá y se humilló a sí mismo, siendo **obediente** hasta la muerte, “y muerte cruz” (Filipenses 2:8). Él podía haber venido como rey, pero vino como un humilde servidor. Si bien es cierto que vino como rey a su pueblo, Israel, este no lo reconoció como rey.

Leamos lo que el Señor mismo dijo al respecto:

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para **servir**, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28).

“Mas yo estoy entre vosotros como el que **sirve**” (Lucas 22:27).

Él permitió que lo injuriaran o acosaran personalmente, por ejemplo cuando los judíos le dijeron: “¿No decimos bien **nosotros**, que **tú** eres samaritano, y que tienes demonio?” (Juan 8:48). Para los judíos era una ofensa ser llamado

samaritano, pues ellos no querían tener nada que ver con ese pueblo (Juan 4:9). Pero cuando el Señor respondió, no lo hizo para discutir el hecho de que lo llamaran samaritano, sino porque lo acusaron de tener un demonio. Dijo: “**Yo** no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y **vosotros** me deshonráis. Pero **yo** no busco mi gloria” (Juan 8:49-50).

El Señor Jesús no se ocupó del hecho de ser llamado samaritano, pues él no buscaba su propia gloria. Si solo le hubiesen afrentado con esto (que por cierto estaba totalmente fuera de lugar, pues él no tenía antepasados samaritanos ni había nacido o vivido allí), quizá ni siquiera hubiera respondido. Sea como sea, no entró en esa discusión. Lo que no podía dejar pasar era que la acción del Espíritu Santo en Él fuera atribuida a un demonio. Todo lo que el Señor decía y hacía era perfecto y estaba dirigido por el Espíritu Santo, el cual actuaba en él; por medio de él el Señor Jesús honraba al Padre en cada momento de su vida. Así entendemos cuán abominable era para el Señor que lo acusaran de tener un demonio (es decir un espíritu malo), de estar poseído por el diablo.

Jesús permitió que lo ofendiesen como hombre, llamándolo “samaritano”; incluso tomó esta posición voluntariamente, como lo muestra la historia del buen samaritano (Lucas 10:30-37). Lo que no podía tolerar era que injuriaran la honra de Dios, del Espíritu Santo. Vigilaba en esto con celo santo.

En esto también es un modelo para nosotros. ¿Cómo reaccionamos cuando nos atacan o nos ofenden? ¡Cuántas veces pagamos mal por mal! Pero, ¿reaccionamos cuando se dice algo malo acerca de Dios?

Los evangelios están llenos de ejemplos de las glorias de nuestro Señor Jesucristo. Generalmente no se trata de glorias externas, las que hubieran atraído a la gente, sino de las glorias internas de su persona. Su humildad como siervo perfecto es solo una faceta de ella. ¿Nos gozamos al descubrir esta gloria en su persona? Leamos los evangelios también desde este punto de vista y le sacaremos mucho provecho.

H. Brockhaus

No busco mi voluntad

“No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”, dijo el Señor Jesús.

Juan 5:30

“He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Juan 6:38

Todo lo que Jesús decía y hacía era perfecto y solo era guiado por el Espíritu Santo. El capítulo 8 de Juan nos presenta a Dios y al hombre en conflicto. Jesús, quien de parte de Dios traía la vida y la luz, fue rechazado, tratado de samaritano, de loco, de endemoniado, salvo por el pequeño número de aquellos que habían creído en él. Es imposible trazar un cuadro más triste de lo que el hombre es en presencia de la luz y de la verdad divinas, venidas en gracia, las cuales resplandecieron con toda su belleza en la persona de Jesús.

Pero los judíos blasfemaron; su odio se avivó al punto de querer matarlo. Por eso Jesús se ocultó. La luz, que había dado todo su resplandor, desapareció. Para quienes no quieren creer, solo queda esta terrible sentencia: “En vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24).

Los mismos hechos se reproducen actualmente. La Palabra de Dios tiene hoy el mismo poder; sin embargo, en vez de creer en ella, muchos la rechazan; la mayoría lo hace abiertamente; otros la admiten parcialmente, en diversos grados. Muchos no reconocen a Jesús como el Hijo eterno de Dios, como los judíos que le decían: “¿Dónde está tu Padre?” (v. 19). “¿Tú quién eres?” (v. 25). “¿Quién te haces a ti mismo?” (v. 53).

Todavía hoy es necesario creer en la Palabra de Dios, creer en Jesús el Hijo de Dios, quien murió en la cruz para darnos la vida; de lo contrario, “en vuestros pecados moriréis”. Si alguien procurase razonar sobre lo que Dios dice —cosa que caracteriza los días en que vivimos—, recuerde que la razón no puede ir más allá del dominio que le ha sido asignado —el de la creación—, y que cuando se trata de los pensamientos de Dios, del cumplimiento de sus pensamientos maravillosos para la gloria de su Hijo y la felicidad eterna del hombre, la razón no le sirve de nada: se necesita la fe. El hombre está perdido; Dios quiere salvarlo; esta salvación se ha cumplido por medio de la muerte de Cristo, la cual debe ser aceptada sencillamente, sin ninguna clase de razonamientos.

S. Prod'hom

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza.
Publicación mensual.

Lea el texto del **calendario “La Buena Semilla”** en la página web <http://labuenasemilla.net>.

Aplicación para móviles con este código o en la página web <http://app.labuenasemilla.net>.

